

S.M. / 09 / 123

LAS CORTES

Á LA NACION ESPAÑOLA.

R.: 13.149

ESPAÑOLES: Vuestros legítimos representantes van á hablaros con la noble franqueza y confianza que aseguran en las crisis de los estados libres aquella union íntima, aquella irresistible fuerza de opinion, contra las quales no son poderosos los embates de la violencia, ni las insidiosas tramas de los tiranos. Fieles depositarias de vuestros derechos, no creerian las Cortes corresponder debidamente á tan augusto encargo, si guardaran por mas tiempo un secreto que pudiese arriesgar ni remotamente el decoro y honor debidos á la sagrada persona del Rey, y la tranquilidad é independencia de la nacion: y los que en seis años de dura y sangrienta contienda han peleado con gloria por asegurar su libertad doméstica, y poner á cubierto á la patria de la usurpacion extranquera; dignos son, si Españoles, de saber cumplidamente adonde alcanzan las malas artes y violencias de un tirano exécrable; y hasta que punto puede descansar tranquila una nacion quando velan en su guarda los representantes que ella misma ha elegido.

Apenas era posible sospechar que al cabo de tan costosos desengaños intentase todavia Napoleon Bonaparte echar dolosamente su yugo á esta nacion heróyca, que ha sabido contrastar, por resistirlo, su inmensa fuerza y poderío: y como si hubiéramos podido olvidar el doloroso escarmiento que lloramos por una imprudente confianza en sus palabras pérfidas; como si la inalterable resolucion que formamos, guiados como por instinto á impulso del pundonor y honradez española; quando apenas teníamos derechos que defender, se hubiera debilitado ahora que podemos decir *tenemos patria*, y que hemos



sacado las libres instituciones de nuestros mayores del abandono y olvido en que por nuestro mal yacieran; como si fuéramos menos nobles y constantes quando la prosperidad nos brinda mostrándonos cercano el glorioso término de tan desigual lucha, que lo fuimos, con asombro del mundo y mengua del tirano, en los mas duros trances de la adversidad; ha osado aun Bonaparte en el ciego desvarío de su desesperacion, lisonjearse con la vana esperanza de sorprehender nuestra buena fé con promesas seductoras, y valerse de nuestro amor al legítimo Rey para sellar juntamente la esclavitud de su sagrada persona y nuestra vergonzosa servidumbre.

Tal ha sido, Españoles, su perverso intento; y quando, merced á tantos y tan señalados triunfos, veíase casi rescatada la patria, y señalaba como el mas feliz anuncio de su completa libertad la instalacion del Congreso en la ilustre capital de la monarquía; en el mismo dia de este fausto acontecimiento, y al dar principio las Córtes á sus importantes tareas, alhagadas con la grata esperanza de ver pronto en su seno al cautivo Monarca, libertado por la constancia española y el auxilio de los aliados, oyeron con asombro el mensaje, que de órden de la Regencia del Reyno les traxo el secretario del despacho de Estado, acerca de la venida y comision del duque de San Carlos. No es posible, Españoles, describiros el efecto que tan extraordinario suceso produjo en el ánimo de vuestros representantes. Leed esos documentos, colmo de la alevosía de un tirano; consultad vuestro corazon; y al sentir en él aquellos mismos afectos que lo conmovieron en mayo de 1808; al experimentar mas vivos el amor á vuestro oprimido Monarca, y el odio á su opresor inicuo; sin poder desahogar ni en quejas ni en imprecaciones la reprimida indignacion, que mas elocuente se muestra en un profundísimo silencio, habreis concebido, aunque debilmente, el estado

de vuestros representantes quando escucharon la amarga relacion de los insultos cometidos contra el inocente Fernando, para esclavizar á esta nacion magnánima.

No le bastaba à Bonaparte burlarse de los pactos, atropellar las leyes, insultar la moral pública; no le bastaba haber cautivado con perfidia à nuestro Rey é intentado sojuzgar à la España, que le tendió incauta los brazos como al mejor de sus amigos; no estaba satisfecha su venganza con desolar á esta nacion generosa con todas las plagas de la guerra y de la política mas corrompida; era menester aun usar todo linage de violencias para obligar al desválido Rey á estampar su augusto nombre en un tratado vergonzoso; necesitaba todavía presentarnos un concierto, celebrado entre una víctima y su verdugo, como el medio de concluir una guerra, tan usurpadora como gloriosa á nuestra patria; deseaba, por último, lograr por fruto de una grosera trama, y en los momentos en que vacila su usurpado trono, lo que no ha podido conseguir con las armas, quando á su voz se estremecian los imperios y se veía en riesgo la libertad de Europa. Tan ciego en el delirio de su impotente furor, como desacordado y temerario en los desvanecos de su próspera fortuna, no tuvo presente Bonaparte el templo de nuestras almas ni la firmeza de nuestro carácter; y que si es fácil à su astuta política seducir ó corromper à un gabinete ó à la turba de cortesanos, son vanas sus asechanzas y arterías contra una nacion entera, amaestrada por la desgracia, y que tiene en la libertad de imprenta y en el cuerpo de sus representantes el mejor preservativo contra las demasías de los propios, y la ambicion de los extraños.

Ni aun disfrazar ha sabido Bonaparte el torpe artificio de su política. Esos documentos, sus mal concertadas cláusulas, las fechas, hasta el lenguaje mismo

descubren la mano del maligno autor; y al escuchar en boca del augusto Fernando los dolosos consejos de nuestro mas cruel enemigo, no hay español alguno á quien se oculte que no es aquella la voz del deseo de los pueblos; la voz que resonó breves dias desde el trono de Pelayo, pero que anunciando leyes benéficas y gratas promesas de justa libertad, nos preservó por siempre de creer acentos suyos los que no se encaminarán á la felicidad y gloria de la nacion. El inocente príncipe, compañero de nuestros infortunios, que vió víctima á la patria de su ruinoso alianza con la Francia, no puede querer ahora, baxo este falso título, sellar en ese injusto tratado el vasallage de esta nacion heróyca, que ha conocido demasiado su dignidad, para volver à ser esclava de voluntad agena; el virtuoso Fernando no pudo comprar á precio de un tratado infame, ni recibir como merced de su asesino el glorioso título de Rey de las Españas; título que su nacion le ha rescatado, y que pondrà respectuosa en sus augustas manos, escrito con la sangre de tantas víctimas y sancionados en él los derechos y obligaciones de un monarca justo. Las torpes sospechas, la deshonrosa ingratitude no pudieron albergarse ni un momento en el magnánimo corazon de Fernando; y mal pudiera, sin mancharse con este crimen, haber querido obligarse por un pacto libre à pagar con enemiga y ultrajes los beneficios del generoso aliado, que tanto á contribuido al sostenimiento de su trono. El padre de los pueblos, al verse redimido por su imitable constancia, ¿deseará volver á su seno rodeado de los verdugos de su nacion, de los perjuros que le vendieron, de los que derramaron la sangre de sus propios hermanos; y acogiéndolos baxo su real manto para librarlos de la justicia nacional, querrà que desde allí insulten, impunes y como en triunfo, à tantos millares de patriótas, á tantos huérfanos y viudas como

clamarán en derredor del solio por justa y tremenda venganza contra los crueles parricidas? ¿Ó lograrán estos, por premio de su traicion infame, que les devuelvan sus mal adquiridos tesoros las mismas víctimas de su rapacidad, para que vayan à disfrutar tranquila vida en regiones extrañas, al mismo tiempo que en nuestros desiertos campos, en los solitarios pueblos, en las ciudades abrasadas no se escuchen sino acentos de miseria y gritos de desesperacion?

Mengua fuera imaginarlo; infamia consentirlo: ni el virtuoso Monarca, ni esta nacion heróyca se mancharán jamas con tamaña afrenta. Y animada la Regencia del Reyno de los mismos principios que han dado lustre y fama eterna á nuestra célebre revolucion, correspondió dignamente à la confianza de las Córtes y de la nacion entera, dando por única respuesta à la comision del duque de San Carlos una respetuosa carta dirigida al Señor Don Fernando Séptimo, en que guardando un decoroso silencio acerca del tratado de paz, y manifestando las mayores muestras de sumision y respeto à tan benigno Rey, le habrá llenado de consuelo al mostrarle que ha sido descubierto el artificio de su opresor, y que con suma prevision y cordura ya al principiar el aciago año de 1811 dieron las Córtes extraordinarias el mas glorioso exemplo de sabiduría y fortaleza; exemplo que no ha sido vano, y que mal podríamos olvidar en esta época de ventura, en que la suerte se ha declarado en favor de la libertad y la justicia.

Firmes en el propósito de sostenerlas, y satisfechas de la conducta observada por la Regencia del reyno las Còrtes aguardaron con circunspeccion á que el encadenamiento de los sucesos y la precipitacion misma del tirano les dictasen la senda noble y segura que debian seguir en tan críticas circunstancias. Mas llegó muy en breve el término de la incertidumbre: cortos dias eran pasados quando se presentó de nuevo

el secretario del despacho de Estado á poner en noticia del Congreso de órden de la Regencia, los documentos que habia traído Don José de Palafox y Melci. Acabòse entonces de mostrar abiertamente el malvado designio de Bonaparte. En el estrecho apuro de su situacion, aborrecido de su pueblo, abandonado de sus aliados viendo armadas en contra suya á casi todas las naciones de Europa, no dudó el perverso intentar sembrar la discordia entre las potencias beligerantes; y en los mismos dias en que proclamaba á su nacion que aceptaba los preliminares de paz dictados por sus enemigos; quando trocaba la insolente jactancia de su orgullo en fingidos y templados deseos de cortar los males que habia acarreado á la Francia su desmesurada ambicion; intentaba por medio de ese tratado insidioso, arrancado á la fuerza á nuestro cautivo Monarca, desunirnos de la causa comun de la independendencia europea, desconcertar con nuestra deseccion el grandioso plan formado por ilustres príncipes para restablecer en el continente el perdido equilibrio; y arrastrarnos quizá al horroroso extremo de volver las armas contra nuestros fieles aliados, contra los ilustres guerreros que han acudido á nuestra defensa. Pero aun se prometia Bonaparte mas delitos y escándalos por fruto de su abominable trama: no se satisfacía con presentar deshonorados ante las demas naciones á los que han sido modelo de virtud y heroismo; intentaba igualmente que cubriéndose con la apariencia de fieles á su Rey los que primero le abandonaron, los que vendieron à su patria, los que oponiéndose á la libertad de la nacion minan al propio tiempo los cimientos del trono, se declarasen reueltos à sostener como voluntad del cautivo Fernando las malignas sugeriones del robador de su corona; y seduciendo à los incautos, instigando à los débiles, reuniendo baxo el fingido pendon de lealtad á quantos pudiesen mirar con ceño las nuevas institu-

ciones, encendiesen la guerra civil en esta nacion desventurada, para que destrozada y sin aliento se entregase de grado á qualquier usurpador atrevido.

Tan malvados designios no pudieron ocultarse à los representantes de la nacion; y seguros de que la franca y noble manifestacion hecha por la Regencia del reyno á las potencias aliadas, les habrá ofrecido nuevos testimonios de la perfidia del comun enemigo y de la firme resolucion en que estamos de sostener á todo trance nuestras promesas, y de no dexar las armas hasta asegurar la independendencia nacional y asentar dignamente en el trono al amado Monarca; decidieron que era llegado el momento de desplegar la energía y firmeza, dignas de los representantes de una nacion libre; las quales, al paso que desbaratasen los planes del tirano que tanto se apresuraba à realizarlos, y tan mal encubría sus perversos deseos, le diesen à conocer que eran inútiles sus maquinaciones; y que tan pundonorosos como leales sabemos conciliar mas respetuosa obediencia á nuestro Rey con la libertad y gloria de la nacion.

Conseguir este fin apetecido; cerrar para siempre la entrada al pernicioso influxo de la Francia; afianzar mas y mas los cimientos de la Constitucion tan amada de los pueblos; preservar el cautivo Monarca, al tiempo de volver à su trono, de los dañados consejos de extrangeros ó de españoles espurios; librar á la nacion de quantos males pudiera temer la imaginacion mas suspicaz y celosa; tales fueron los objetos que se propusieron las Còrtes al deliberar sobre tan grave asunto, y al acordar el decreto de 2 de febrero del presente año. La Constitucion les prestó el fundamento; el célebre decreto de 1.º de enero de 1811 les sirvió de norma; y lo que les faltaba para completar su obra no lo hallaron en los profundos cálculos de la política, ni en la difícil ciencia de los legisladores,

sino en aquellos sentimientos honrados y virtuosos que animan á todos los hijos de la nacion española; en aquellos sentimientos que tan heróycos se mostraron à los principios de nuestra santa insurreccion, y que no hemos desmentido en tan prolongada contienda. Ellos dictaron el decreto; ellos adelantaron de parte de todos los españoles la sancion mas augusta y voluntaria: y si el orgulloso tirano se ha desdeñado de hacer la mas leve alucion en el tratado de paz à la sagrada Constitucion que ha jurado la nacion entera, y que han reconocido los monarcas mas poderosos; si al contrahecer torpemente la voluntad del augusto Fernando olvidó que este príncipe bondadoso mandó desde su cautiverio que la nacion se reuniese en Cortes para labrar su felicidad, ya los representantes de esta nacion heróyca acaban de proclamar solemnemente, que constantes en sostener el trono de su legítimo Monarca, nunca mas firme que quando se apoya en sabias leyes fundamentales, jamas admitirán paces, ni conciertos ni treguas con quien intente alevosamente mantener en indecorosa dependencia al augusto Rey de las Españas, ó menoscabar los derechos que la nacion ha rescatado.

Amor á la religion, á la Constitucion y al Rey: ese sea, Españoles, el vínculo indisoluble que enlace á todos los hijos de este vasto imperio, extendido en las quatro partes del mundo; ese el grito de reunion que desconcierte como ahora las mas astutas maquinaciones de los tiranos; ese, en fin, el sentimiento incontrastable que anime todos los corazones, que resuene en todos los labios y que arme el brazo de todos los españoles en los peligros de la patria.

Madrid 19 de febrero de 1814. = Antonio Joaquin Perez, Presidente. = Antonio Diaz, Diputado Secretario. = José Maria Gutiérrez de Teran, Diputado Secretario.
 NOTA. = Reimpreso à costas de un patrióta español para distribuirlos gratis entre sus conciudadanos, con el fin de quitar la preocupacion á muchos mamelucos que sostienen válida y legal, la paz firmada entre nuestro augusto monarca el Señor Don Fernando Séptimo, y el malvado y exécrable Napoleon primero.

MAHON: EN LA IMPRENTA DE PEDRO ANTONIO SERRA,
 PEAZUELA DE SAN ROQUE.